

HUMANIZAR LA MUERTE EN TIEMPOS DE CRISIS

El aire desaparecía y la vida se esfumaba. Ana con el respirador en boca yacía sobre una cama, propia de los barracones de antaño y no de una residencia en pleno centro de Madrid. La tristeza le carcomía por dentro al mismo tiempo que esperanzada luchaba por mantener su corazón latiendo.

Sin previo aviso, apareció una enfermera con un aparato electrónico o eso creía, porque tampoco tenía fuerzas ni para mantener los ojos abiertos más de lo que dura un chasquido.

La enfermera, cariacontecida le preguntó

-Hace cuánto tiempo que no ves a tu familia?

A lo que Ana utilizando un boli, porque al hablar se ahogaba con su propia saliva, escribió

-Qué día es hoy?

Entonces, la enfermera empezó a cacharrear como le gusta decir a Ana y de repente como si de un milagro se tratase apareció su nieto con el peluche que le había regalado Ana 2 meses antes de empezar esta pesadilla.

Se derrumbó y cerró los ojos para no volver a abrirlos jamás. Ella, al menos, pudo despedirse de quienes cargan con el dolor por el resto de sus días .